

DISCURSO

Pronunciado por el Señor Rector de la Universidad de Córdoba Dr. Francisco J. de la Torre en el acto solemne celebrado el día 12 de Agosto de 1921, en el Colegio Nacional anexo de la Capital Federal, en conmemoración del primer centenario de la Universidad de Buenos Aires.

Excelentísimo Sr. Presidente:

Excelentísimos Sres. Ministros:

Sr. Rector de la Universidad:

Sres. Profesores extranjeros y argentinos:

Jóvenes alumnos:

Señoras:

Señores:

Hace un cuarto de siglo, uno de los más elevados exponentes culturales de esta Universidad, el Dr. Aristóbulo del Valle, proclamando desde alta tribuna académica la forma definitiva como esta ilustre casa se había ya incorporado a las instituciones republicanas, fijaba fecha para un presagio, esta Universidad dentro de cincuenta años, decía, será el foco luminoso de cuatro repúblicas.

Se ha anticipado, Señores y con creces el vaticinio del ilustre estadista, hoy podemos saludarla como antorcha de todo un continente.

Rápida ha sido la evolución en el corto espacio de cien años, como si escapara en su desarrollo a la ley biológica del crecimiento sucesivo porque pasaron otras universidades de América, de-

jando de lado prácticas que la rutina había de seguir manteniendo por muchos años en instituciones similares, no obstante lo anacrónicas que para la época resultaban, los iniciadores de esta Universidad, animados más por el liberalismo francés que por los principios de la tradición española, le imprimen desde su origen las características de las altas casas de estudios que penetradas del momento materialista de la época veían sustituirse a las preocupaciones filosóficas las que sugieren las especulaciones de orden puramente científico.

Esta sustitución de los valores materiales a los valores de orden místico o ideológicos que se operaba entonces en las universidades europeas, era la consecuencia necesaria de la difusión de las ideas materialistas de los filósofos de los siglos XVI a XIX.

Y así en tanto por medio siglo más, las viejas universidades americanas de pura cepa española seguían haciendo objeto de especial preocupación los idealismos filosóficos y descuidaban, con gran respeto del pasado, el presente y el porvenir, esta Universidad de Buenos Aires se inicia con una estructura científica que en sus líneas fundamentales no difiere casi de aquellas porque hoy se rige.

Preparado el ambiente desde años atrás, surgida como una necesidad social que los hechos hacían impostergable, se organiza la Universidad sobre la base de estudios dispersos y comienza concentrándolos todos desde los de primeras letras hasta los superiores. Se preocupa especialmente de imprimir orientación positiva a los estudios preparatorios como base de los superiores que comprendían las ciencias exactas, la medicina, la jurisprudencia.

De la importancia que atribuye a las ciencias positivas dá medida la intensificación del estudio de la Economía Política a cargo de los ilustres Dres. Agrelo y Vélez Sarsfield. La enseñanza experimental de la Física toma, bajo la dirección de dos sabios de

reputación mundial, los profesores Carta y Mossotti, importancia extraordinaria; otro tanto la Química bajo la del eminente Dr. Manuel Moreno. Esta enseñanza experimental y positiva se hacía en el primer cuarto del siglo pasado en una época en que las universidades de vida secular, despreocupándose de la verdadera ciencia, permanecían y habían de permanecer por muchas décadas afeerradas al tradicionalismo filosófico.

Es en esta orientación inicial, materialista y positiva, de la Universidad de Buenos Aires, que podemos encontrar el sedimento de su portentoso desenvolvimiento.

Se incorpora desde el primer momento a la vida material de la sociedad en que había de desenvolverse. De su seno y desde los primeros albores de vida orgánica surgieron los publicistas, los estadistas, los políticos directrices del "pensamiento" que en el largo cuarto de siglo del despotismo había de oponer a la barbarie, desolación y ruina de dentro, el principio de las libertades humanas proclamadas desde el ostracismo de la patria. En el libro, en el diario, en los campos de batalla mismos, encontramos el espíritu universitario que había necesidad de oponer a Rosas, Quiroga, López, Aldao, Bustos.

Y cuando los caudillos, borrando del presupuesto de la Nación el capítulo de gastos de la Universidad, creían muerto el pensamiento, extinguida la luz y con ello asegurado el dominio de sus fuerzas ciegas, el espíritu universitario sobrevivía y si con pálida llama, brillaba aún, teniendo por refugio la Universidad.

Así el día mismo que cambia el régimen político, la casa reanuda su vida científica con extraordinario vuelo, su pensamiento inspira a los hombres que habían de forjar la organización definitiva del país.

Mitre, Sarmiento, sin grados, eran expresión de ese pensamiento universitario como lo fueron Alberdi, ante cuyo nombre

las generaciones actuales tan profundamente se inclinan, Rawson, Alcorta, que dice Lucio López "guía dulce y paternal de la gloriosa generación que dispersó Rosas", Vélez, Juan María Gutiérrez, para no nombrar sino las culminaciones de la inteligencia.

Es el mismo espíritu universitario que años después, cuando la acción política se agitaba en pos del lucro personal, desde la cátedra, desde el parlamento, desde el libro y la prensa, había de proclamar el interés del estado. Pedro Goyena, Aristóbulo del Valle, José Manuel Estrada, Delfin Gallo, Manuel Quintana, Ignacio Pirovano, Lucio López, Valentín Balbin, fueron universitarios. De cualquiera de ellos podía decirse lo que otro espíritu universitario, Miguel Cané, decía de Aristóbulo del Valle: poned a del Valle en la Sorbona o el Colegio de Francia en el momento sombrío en que el espíritu público, amordazada la prensa, coartado el derecho de reunión, buscaba un intérprete de sus angustias y sus esperanzas y su nombre habría vivido glorioso en el mundo civilizado.

Espíritu de esta cultura universitaria fué Drago irradiando gloria a toda la América del Sud, cuando llamado a dirimir jurídicamente viejos litigios entre los más poderosos estados del mundo.

En el último cuarto de siglo, la Universidad a la vez que nuevas creaciones que como la Facultad de Agronomía y Veterinaria abrían nuevos campos de actividad profesional, dá impulso a los estudios desinteresados en los que reside la cultura superior de las sociedades, los estudios que se realizan sin otra finalidad inmediata que el amor a lo verdadero y a lo bello, o al desentrañamiento de los altos problemas de la economía nacional. A estas finalidades respondió la creación de las hoy florecientes Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Económicas, centros de vida intelectual desinteresada pues que no preparan para una profesión determinada.

El organismo se adapta así a lo que debe ser su función, profesional, durante un siglo nos ha dado los médicos, abogados, ingenieros, farmacéuticos, doctores en ciencias físico-naturales, en química, en odontología, obstetricia, etc., que han sido elemento cultural de imponderable valor así en los grandes centros como en los extremos deshabitados de la República; social, ha difundido las artes, las letras, las concepciones filosóficas que elevan al hombre al terreno de las superioridades ideológicas, y siguiendo esa misma suprema ley evolutiva en los últimos años se compromete en una nueva vía.

La tendencia actual, y en el exacto concepto de Eliot, las instituciones son más interesantes por sus tendencias que por su estado inmediato, es netamente científica. Se compromete hoy en el cultivo de la ciencia que mirada en sus múltiples funciones social, económica e intelectual, es razón de ser la más elevada que justifique la existencia humana. De ella se reclama hoy en efecto la solución de todos los problemas que atañen a la vida, aún de aquellos que pareciera escaparan a otras especulaciones que las meramente contemplativas. De la ciencia se esperan las nuevas fórmulas de organización social nacidas al decir de Liard de un discernimiento más exacto de lo verdadero y lo falso, de lo real y lo quimérico, de lo posible y lo imposible; diríamos un discernimiento más exacto de lo humano.

Hoy se reclama de la ciencia lo que en vano desde siglos atrás se reclamaba de la dialéctica y la retórica, un método que resolviese todos los problemas.

Se ha debatido si el rol fundamental de la Universidad debiera ser, esa cultura desinteresada de la ciencia o la adquisición inmediata de consecuencias prácticas.

No es excluyente lo uno de lo otro.

Escuelas profesionales, si indispensables para subvenir a las necesidades sociales, conducirían al estancamiento intelectual y a su propio languidecimiento si lo fueran puramente profesionales,

sino las animara otro ideal que la consecución inmediata de ventajas prácticas. Sin la ciencia pura, sin la vinculación de la teoría al hecho las universidades quedarían al margen de su excelsa finalidad, la investigación de la verdad. Excelsa finalidad de las universidades, la investigación de la verdad, verdad material y espiritual.

En este último terreno la Sociedad ha de ocurrir a la Universidad y ocurre ya en procura de soluciones que no ha podido darle la ciega subordinación espiritual a la idea religiosa de tantos siglos, soluciones que atañen a la vida misma de la sociedad, soluciones que resuelvan problemas como aquél que hace ya medio siglo sugería el genio precursor de Alberdi, al pedir normas que concilien el principio del gobierno colectivo con los derechos naturales de la libertad individual.

Pero no es solamente la disciplina científica la que marca el progreso evolutivo en nuestros medios universitarios, se ha modificado también y fundamentalmente la disciplina de gobierno de sus institutos, llevando al terreno de los hechos, con la participación del alumnado en las funciones directrices, el anhelo democrático.

Si la ley fundamental de 1885 era un ensayo de lo que el sistema republicano federal de gobierno, bien realizado, prometía al estado, la participación del pueblo universitario en las funciones directrices de la Universidad nos dará en su más amplia aceptación la medida de capacidad de un pueblo educado, para las funciones de gobierno.

Señor Rector de la Universidad de Buenos Aires, recibid para la Universidad de vuestra digna Presidencia, el homenaje de la de Córdoba. Esta asiste a vuestros triunfos con el orgullo afectuo-

so de hermana mayor, pues como sabéis nació dos siglos antes que vuestra ilustre casa; nació en los principios de la civilización americana cuando solo dos luces, las de Méjico y de Lima, rompían las tinieblas del dilatado desierto, marca una etapa en la civilización argentina, la primera. Más tarde sus ordenados y Doctores concurren al proceso evolutivo de nuestra revolución y dieron las normas para la ardua reconstrucción de una sociedad conmovida en sus cimientos. Celosa de su tradición por tres siglos no puede empero escapar a la ley suprema de la evolución, se aparta hoy del ceremonial, acalla el tañido de las campanas, no más cabalgatas ni procesión de frailes y doctores y busca en las especulaciones de lo positivo lo que ya la teología y la metafísica le denegaban.

Sacrilegio, dirán los cultores de la tradición, más las necesidades de la época se lo imponen.

Ella ha querido perpetuar con el bronce, y con su más alta representación oficial asociarse al concierto de gratulaciones que auspician el fausto acontecimiento, el más significativo de vida orgánica de la Nación, el de un siglo de continuada y fecunda labor científica y cultural que puede ostentar esta ilustre Universidad de Buenos Aires.

He dicho.
